



EZEQUIEL MONTES.



D. EZEQUIEL MONTES

ALGUIEN dijo, y no hace mucho tiempo, que el busto de D. Ezequiel Montes está pidiendo á gritos los mármoles de Páros ó de Carrara y aunque pudiera decirse de ese escritor, como el rey Midas en la zarzuela que lleva su nombre: « me gusta este hombre porque no es adulador, » sin embargo, parodiando su frase diré yo: que D. Ezequiel Montes está pidiendo á gritos un artículo de *Cero*.

Realmente, el Sr. D. Ezequiel ha sido un orador notable: su voz, su figura, y hasta el nombre que recibió con las aguas del bautismo, le prestan ese prestigio de profeta que todos le reconocen.

Podría yo hacer una apuesta: que nadie que haya escuchado en la Cámara á D. Ezequiel Montes, cuando oiga

nombrar al profeta Ezequiel, deja de revestirle en su imaginación con la misma cabellera blanca y rizada, la misma espaciosa frente, la misma poblada barba, y quizá hasta los mismos anteojos de oro del actual Ministro de Justicia.

Y que no me vengan con aquello de que el nombre es el que produce este fenómeno psicológico, porque muchos conocen á Napoleon Saborío, alto, flaco, y de luen-ga nariz, y á nadie se le ha ocurrido aplicar esa figura al vencedor de Austerlitz; todos los días encontramos á Guillermo Valle y nunca pensamos en ver sobre su cabeza el casco del Emperador de Alemania; ni hay diputado ni concurrente á la galería que al ver que se levanta á pedir la palabra el apreciable representante de Puebla Sr. Cantú, se imagine que es el autor de la Historia Universal.

Montes indudablemente estudió su figura en la juventud para saber qué tipo debía escoger como modelo, y como era y es decidido partidario del derecho romano y de los oradores romanos, y de la literatura romana, todo ello le decidió á tomar ese aire consular y á imaginarse que los mal ensamblados tablones que forman el recinto de la Cámara de diputados dentro del Palacio nacional, eran la rostra que, decorada con los espolones de vencidas gale-ras enemigas, daba su sombra á Hortensio y á Ciceron, y á Craso y á Caton, y al mismo Clodio. Y con toda seguridad la negra y bien cortada levita de paño que cubria su ancho pecho, le ha de haber parecido á veces á nuestro

querido D. Ezequiel, la garbosa clámide de Pompeyo, y el lapicero de oro con que hace sus apuntes lo ha de haber sentido entre sus dedos como el *estilo* con que Julio César tomaba notas, se limpiaba las uñas ó se rascaba la cabeza en sus momentos de distracción.

Hablando con verdad, no nos ha contado Montes nada de esto; quizá sea un falso testimonio que como los alguaciles de Quevedo levantamos sin escrúpulo de conciencia; pero como hay una regla de moral que dice: no quieras para otro lo que no quieras para tí, y calumnias de esta clase más que disgusto nos causarían satisfacción, si en suerte nos cupiese ser víctima de ellas; el gusano roedor de los remordimientos no da en estos momentos señales de vida en nuestro pecho.

No nos ocuparemos de la vida pública de D. Ezequiel, como político, porque no decimos como Virgilio: *Arma virum que cano*; no; vamos á dedicarnos sencillamente al orador con algunos rasgos del hombre, porque á nuestro juicio no es cierto que en la tribuna valga la verdad por sí sola, que, sin dejar de serlo, muchas veces no será creída, al paso que el error estará convenciendo.

Y esto depende de quien habla y de como habla, pues suele acontecer que se crea lo que no se debe y que se niegue lo que es un hecho.

Cuentan que cuando el duque de Rivas volvió á España despues de una larga permanencia en Italia, le preguntó á un antiguo criado que le habia acompañado en

toda la expedición, qué tal le habían tratado sus compañeros, y el criado le contestó: «muy bien, señorito; les he contado muchísimas mentiras de esas tierras por donde hemos viajado, y todo me lo han creído, y la única verdad que les he dicho me la han negado y se han reído en mis barbas, porque les aseguré que en Nápoles había un cerro que echaba humo.»

Así son las cosas del mundo: D. Ezequiel tiene una honradez catoniana, y á pesar de la dulzura de su carácter, cuando se *encarama* en la tribuna, cuando está sintiendo sobre sus hombros aquella clámide de que hablamos, despliega una energía verdaderamente romana, pero de los mejores días de la República, de los buenos tiempos de Catón el viejo, de Helvidio y de Valerio Máximo.

En esos momentos puede oírse á Montes; su acento varonil vibra con el estremecimiento del patriotismo, y nutrido en la clásica escuela de Cicerón, el orden, los giros y la elevación de su discurso hacen al auditorio recordar también las tumultuosas sesiones del Senado durante la conspiración de Catilina.

Pero, —y volvemos á esos peros que son el escollo de los favorecidos de *Cero*, el Scila y Caribdis de los que navegan con viento en popa en el mar de nuestros artículos; —pero D. Ezequiel *romaniza* demasiado; se trata de una cuestión de derecho público, y nuestro apreciable amigo quiere resolverla con Antisteo Labeon y con An-

teyo Capiton; se trata de una cuestión de derecho internacional, y entónces ocurre al auxilio de Ulpiano y de Papiniano; se agita algo de derecho constitucional, y entónces salen á cuento Triboniano, y Cayo y Paulo y Modestino; y los argumentos que como una granizada se lanzaban Sabinianos y Proculeyanos y Casianos y Pegasianos, y el Código y las Pandectas y la Instituta de Justiniano, que se llamaron modestamente por el año de 550 los *eternos oráculos*.

Aquí, sin saber por qué, nos viene á las mientes un recuerdo que, aunque nada tiene que ver, sino que entre tan respetables materias de discurso aparece como la zizaña del Evangelio, no queremos dejar en el tintero. Hay una comedia de cuyo nombre no quiero acordarme, como dijo Cervantes: una familia quiere montarse á la moda, y mandando preparar una comida despues de haber oído grandes elogios de las trufas, encarga pavo trufado, pastel de trufas, sopa con trufas, merluza en trufas, trufas heladas, dulce de trufas, café con trufas, vino con trufas y tabacos habanos pero trufados.

Seguramente que no se le podía dar mayor disgusto al Sr. Montes que sostenerle aquello de que Justiniano y los jurisconsultos que codificaron las leyes, quemaron orgullosamente todos los manuscritos anteriores declarando que ya nada de eso servía: que el latín de las Pandectas, del Código y de la Instituta no pertenece ni á la edad de plata del idioma de Salustio; que Justiniano de-

claró que se castigaria como falsarios á los que se atrevieran á interpretar el texto de sus leyes, y que seis años despues declaró tambien que la primera edicion estaba imperfecta, haciéndola cambiar y agregándole más de doscientas leyes y cincuenta decisiones sobre puntos oscuros, y segun cuenta Procopio, cada año de su largo reinado se marcaba por alguna novedad en los oráculos eternos, fuera de aquello que llamaban *antinomias*, contradicciones entre el Código y las Pandectas y eterna desesperacion de jurisconsultos tan eminentes como el Sr. Montes.

¿Qué hubiera hecho D. Ezequiel sin el descubrimiento de las Pandectas en Amalfi, que segun cuenta Ludovico Bologniano, fué por el año de 1137?

No nos ocurre contestar esa pregunta como si nos dijeran: ¿qué hubiera hecho Bayazeto si Mahoma no nace ó le quemaran en Meca ó en Medina?

Los caballeros de la Edad Média, es decir, aquellos en quienes soñaba Don Quijote, Don Belianis de Grecia, Don Amadis de Gaula, Don Florismarte de Hircania y otros, sacaban la espada y arremetian con gigantes y endriagos y malandrines, sin pararse en sexo ni edad, ni en pelo ni en colores cuando se trataba de su dama; así nos parece que nos ha de arremeter nuestro querido D. Ezequiel por haber tomado entre manos, ya que no entre ojos, su amado derecho romano, y que armado con la espada de Cujácio ó la lanza de Vinnio, ó la maza de Heinnecio, nos hace trizas por tan terrible desacato.

Pero esos golpes, como los del dormido caballero manchego, no encontrarán ni gola que segar, ni almete que hender, ni exila que traspasar, sino la invulnerable, por triste y desconocida, personalidad de Cero.

D. Ezequiel mira con gran respeto á los hombres de los pasados siglos, y esto, unido á su veneracion por el derecho romano, le hace suspirar indudablemente por situaciones políticas de un pueblo que vemos hoy al través de las mágicas pinturas de la educacion escolar clásica.

Es natural: lo que le pasa á Montes ha pasado á todos los patriotas de todos los países civilizados; las famosas coplas de D. Jorge Manrique

Como á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor,

responden siempre al pensamiento de los hombres reflexivos.

Homero pone en boca del sabio Néstor un discurso que puede traducirse diciendo que el tiempo que era pasado fué mejor. Demóstenes, lo mismo que Ciceron, Xenofonte y Tucídides, lo mismo que Tácito y Salustio, todos los historiadores, los oradores y los poetas antiguos y modernos de buena fe, han encontrado perverso y corrompido el siglo en que viven, é ilustres y gloriosos los que no conocen sino por la tradicion ó la historia, y este sentimiento ha hecho brotar á los Horacio, Juvenal, Per-

sio y tantos otros que con sus sátiras nos dejan comprender que no fué su siglo, por más que haya pasado, un envidiable modelo de virtudes, ni cosa digna el cambiarle por el que atravesamos, ó mejor dicho, que nos atraviesa á nosotros.

Como en aquella vieja comedia, que se llama «sueños hay que son lecciones» (mala y de autor desconocido), quisiera poder magnetizar á D. Ezequiel, y siquiera en sueños hacerle vivir en la corte de Justiniano y de Teodora.

¡Allí de la honradez y la energía de nuestro buen amigo! ¡qué sustos y qué desengaños encontraría en ese retroceso histórico!

Ciertamente: el imperio romano á primera vista podía juzgarse floreciente y feliz.

La gran sedición á la que se dió el nombre de *Nika* (vencedor), motivada por las facciones del Circo llamadas de los «verdes» y los «azules», y que redujo á cenizas una gran parte de Constantinopla, había sido reprimida; los vándalos derrotados en Africa dejaban al general romano la histórica plaza de Cartago; la Sicilia era presa de las tropas de Justiniano, que invadian despues á Nápoles y se apoderaban de Roma, sembrando el terror en los godos, que al fin quedan subyugados; Vitigés cautivo; el terrible Totila derrotado y muerto; los Búlgaros rechazados de Constantinopla por un puñado de veteranos; Abyssinia conquistada; en fin, Belisario y Narces pasean-

do por todas partes vencedor el lábaro de Constantino; esta era la situación en materia de guerra y de conquistas.

Por otra parte, los grandes monumentos aparecían como brotando de la tierra; la iglesia de Santa Sofía destruida por un incendio fué reconstruida según el plano presentado por el famoso Anthemio, ocupándose en los trabajos más de diez mil obreros, y sin escasear ricos y extraños mármoles de todos colores que eran traídos á gran costo del Asia Menor, del Egipto, del Africa, de las Gaulas, de las islas y del continente de la Grecia; el bronce, la plata, el oro y las piedras preciosas se empleaban con profusión, y aquella basílica fué una maravilla. El palacio de Byzancio se reconstruyó con gran suntuosidad; por todo el imperio se levantaban soberbios templos; casi no había santo en el calendario que no tuviese el suyo; todas las ciudades fueron dotadas de hospitales, acueductos, puentes; en el camino de Jerusalem se abrieron pozos para calmar la sed de viajeros y peregrinos fatigados, y se introdujo en el imperio la cría de los gusanos de seda, y todas las industrias consiguientes á este nuevo ramo.

Multiplícáronse las fortificaciones de la Europa y de la Asia de Belgrado al Euxino; del Sava al Danubio se encadenaban más de ochenta fortalezas. Seiscientos castillos fueron reparados, en Dacia, el Epiro, la Thessalia, la Macedonia y la Thracia; reparáronse los muros de las ciudades, y se levantó la muralla en Grecia, que comenzando en el mar atravesaba la Thessalia, cerrando esa en-

trada que había sido el teatro del heroísmo de Leónidas.

¡ Hermoso era aquel cuadro ! pero y bajo él ¿ qué había ?
La decadencia y la prostitucion.

« La imaginacion más fecunda, dice Renan, no podía
« aumentar nada á los sombríos horrores que nos ofrece
« la Historia Secreta » (de Justiniano por Procopio).

« Que se conciba una sociedad desnuda de sentimiento
« moral, en donde la grosera avidez de naturalezas per-
« versas sea la única ley; un infierno en donde reinan dos
« funestos genios (Justiniano y Teodora) en nombre del
« mal, que lo cultivan con arte, que lo aman por él y por el
« placer que encuentran en hacerlo. Una venalidad inusi-
« tada, una degradacion de costumbres apénas creible; el
« robo organizado; ninguna seguridad personal; herido
« siempre el buen sentido; la razon amenazada; Byzan-
« cio trasformada tan pronto en una casa de locos como
« en un espantoso lugar de asesinatos. Hé aquí la horri-
« ble pesadilla que se desenvuelve en las doscientas pá-
« ginas de ese escrito. »

Y no son estos, gritos de rabia ó de despecho de Pro-
copio en sus « anécdotas, » ni narraciones indignas de fe.
Montesquieu les da entero crédito, y el ilustre historia-
dor Gibbon las acepta apoyándose en autoridades como
las de Evagrio, Juan Malala, Theofano, Sonaras, y otros,
y por ellas nos refiere lo que pasaba en Constantinopla.

Justiniano, criminalmente condescendente, se prestaba
á todos los infames caprichos de su mujer Teodora, la im-

púdica comedianta de Chipre, y de sus corrompidos favo-
ritos. Las rentas públicas eran el patrimonio de cortesa-
nos aduladores; los monopolios, el fácil modo de pagar
repugnantes servicios; los empleos y las dignidades se
alcanzaban no por el mérito ni por la aptitud, sino por
medio del cohecho y el soborno, por la vergonzosa con-
descendencia de una esposa ó una hermana, por el silen-
cio y el secreto de una afrenta.

El palacio de Byzancio era un gran mercado de favo-
res y de influencias, en el que Teodora, y su cómplice
la prostituida Antonina, mujer del ilustre Belisario, de
acuerdo unas veces, y en lucha otras con el prefecto del
pretorio Juan de Capadocia, daban el ejemplo y el ánimo
á toda aquella turba de parásitos insaciables.

La honradez era padron de infamia y motivo aun de
persecuciones, porque presentando insuperable barrera
para la complicidad buscada por los favoritos, acusaba
con su silencio, no más, el crimen y la prostitucion.

La impunidad de los partidarios era espantosa. Una
jóven se precipitó al Bósphoro por libertar su honra de
la sensualidad de uno de ellos, y ninguno se atrevió á re-
convenir al culpable. Tal era el terror que inspiraban,
porque, como dice Aurelio-Víctor, « en reinados de esta
clase es más peligroso atacar á un favorito que al empera-
dor mismo. »

Juan de Capadocia, el prefecto del pretorio, se distin-
guia sobre todos. « Desde la aurora, dice Gibbon, hasta

«la hora de comer, trabajaba sin descanso por aumentar «á costa del imperio, su fortuna y la de su amo; dedicaba el resto del día á sus placeres sensuales y obscenos, «y el temor perpetuo de asesinos ó de la justicia venian «á turbarle en medio de la noche.» Él fué quien sugirió á Justiniano la idea de la contribucion «del viento,» que no estaba establecida por ley ni tenia objeto determinado: el prefecto entregaba al emperador seiscientos mil pesos cada año, y era libre para reembolsarse esa suma por los medios que le parecieran convenientes.

Los tributos de las ciudades se aumentaron hasta el exceso, los impuestos al comercio de importacion y exportacion crecieron sin regularidad, y se llegó hasta las confiscaciones para aumentar el tesoro imperial, ó mejor dicho, de los favoritos de Justiniano y de Teodora.

En cambio la intriga minaba las más merecidas glorias. Belisario cayendo en desgracia por la envidia, abandona la Italia cuando iba á destruir completamente á Totila, y por las mismas intrigas muere despues en el mayor abandono, cuando acababa de salvar á Byzancio de los Búlgaros.

Pero..... ¿adónde vamos? basta de historia de Occidente; despierto ya á mi querido D. Ezequiel, y le pregunto:

—¿Es verdad que comparados con esos tiempos, se ven mucho mejores los que alcanzamos? No hay por que entristecerse. *Così va il mondo.*

No por esto se crea que D. Ezequiel pertenece al partido conservador ó reaccionario; no, Montes ha sido en la tribuna uno de los más firmes sostenedores de las ideas de progreso, y ya he dicho que entre nuestros oradores políticos, muy pocos cuentan con las dotes intelectuales y físicas de que D. Ezequiel dispone; lo que sucede es que la humanidad, colectiva ó individualmente, camina siempre, siempre como un borracho, vacilante, unas veces dando un paso atrás y dos adelante, deteniéndose para buscar el equilibrio, perdiendo el camino recto, yéndose para uno y otro lado, y muchas veces, cuando sin dudar, sin buscar apoyo, sin extraviar camino, marcha rápidamente y se cree que todo va perfectamente, ¡cataplum! da contra un guardacanton, y gracias si no queda sin conocimiento.



